

Siempre me han gustado las historias de mutantes. El mutante (las hadas, los magos) es la encarnación de nuestras fantasías de omnipotencia; el mundo nos confronta continuamente con nuestros límites, con nuestras deficiencias; aunque hacia fuera intentemos mostrar que estamos satisfechos con quienes somos –y buena parte de nuestras conversaciones no hacen más que anunciar nuestra satisfacción con nosotros mismos- lo cierto es que una y otra vez nos vemos obligados a sentir nuestra insignificancia. El mutante trasciende las leyes de la naturaleza para convertirse en una criatura extraordinaria, capaz de hacer lo imposible: Spiderman vuela por los aires colgando de finísimos hilos, La Cosa destruye a puñetazos edificios enteros, Magneto es capaz de sacar un submarino del agua sin tocarlo.

Pero como desde la adolescencia me ha interesado más la sombra de las cosas que las cosas mismas, me aburrí muy pronto de los prodigios realizados por los mutantes; lo que me fascinaba de ellos era su soledad. Cuando descubre su superpoder, el mutante se queda solo. Lo que es un don se convierte en un rasgo que lo separa de los otros, que lo temen o lo desprecian o sencillamente rehúyen aquello que no pueden entender... o aquello que envidian. Lo interesante del personaje de Parker, Spiderman, no está en sus saltos prodigiosos, sino en la tortura que es tener que ocultarse, verse obligado a llevar una vida secreta, y siempre con el temor de que lo descubran. Todos los mutantes son personajes atormentados (quizá los más felices sean aquellos que se pasan al lado del mal y viven conscientemente su diferencia).

También la literatura está poblada de mutantes, aunque no porque obtengan superpoderes, sino porque son personajes que, a menudo ya al principio de la novela, sufren una transformación esencial: el más famoso es sin duda Gregorio Samsa; pero también el asesor colegiado Kovaliov, que cito en el prólogo, aquel maravilloso personaje de Gogol que un día descubre que ha perdido la nariz; El hombre lobo y el Dr. Jekyll, mutantes a tiempo parcial, serían otros dos de los muchos ejemplos de transformaciones de personajes literarios.

Y ahora, en *Epitafio*, esta lograda novela de Paloma González, nos encontramos con Manu, el personaje central. Digo personaje central, porque la historia gira alrededor de sus percepciones; no he usado la palabra protagonista porque precisamente él se niega a protagonizar nada; todos, cuando contamos nuestras vidas nos presentamos como protagonistas de una obra plagada de personajes secundarios, pero lo cierto es que nosotros mismos somos personajes secundarios de nuestra propia novela: la influencia de nuestras

decisiones es minúscula, el peso de nuestro yo mucho más liviano de lo que desearíamos, la mayoría de nuestras acciones son vanas, y sólo nuestra memoria se empeña en trazar un hilo argumental del que tiramos con esfuerzo.

Manu, una mañana, pierde la amabilidad; es decir, deja de asumir la continuidad entre el Manu que se fue a la cama y el Manu que se levanta al día siguiente. Es otro. No es que pierda la amabilidad volviéndose vulgar y ofensivo (no es el Dr. House), sino que se niega sencillamente a aceptar los papeles que los demás le imponen con sus expectativas.

Cuando uno se sale del guión produce siempre irritaciones. Hagan la prueba en su próxima conversación telefónica: cuando el otro les cuente una historia, dejen de responder, sí, ajá, hum, claro; el interlocutor empezará a ponerse nervioso, pensará que no le prestamos atención, puede que se enfade por nuestro desinterés, porque lo menos que se puede esperar de uno son esos sonidos de asentimiento, o de sorpresa, o de escándalo, que amplifiquemos con las nuestras las emociones del otro. No saber qué piensa nuestro interlocutor –y lo paradójico es que nunca lo sabemos- nos inquieta, así que proyectamos sobre él una lluvia de explicaciones.

Y eso le sucede a Manu; que los demás se empeñan en imponerle, aunque sea con calzador, sus expectativas; Manu es otro, ha cambiado, pero los demás no lo aceptan..., justifican su excentricidad para que ésta pierda significado. En la primera novela que publiqué un personaje se hace una pregunta que he citado muchas veces, porque es un tema que me sigue interesando, y que voy a repetir aquí: Un nazi con Alzheimer, ¿es un nazi? Aquel personaje llegaba a la conclusión de que no es así, considerando que un hombre es su memoria. Manu llega al parecer a una conclusión parecida pues intenta destruir los recuerdos, aquello que le ata a una forma de ser. Luigi y Manu se equivocan, porque confunden conciencia con identidad. Nuestra identidad se compone de nuestra conciencia y de la de quienes nos rodean; yo no soy sólo lo que pienso ser, sino también lo que los demás piensan que soy (por eso en política ya no se usa la palabra conciencia y se acude a la palabra identidad; la identidad se puede imponer, la conciencia no).

Por supuesto, no les voy a contar las tribulaciones de Manu mientras está sometido a esa tensión agotadora entre su conciencia y la de los demás. Sí les voy a decir que estamos ante una novela atípica en el panorama español; de hecho, leyéndola pensaba que podría estar leyendo una obra traducida de algún alemán o austríaco: Peter Handke, Thomas Bernhard,

Genazino... La trama es en ella secundaria, hay poca acción; es una novela que avanza por la fuerza de sus reflexiones y por la precisión del lenguaje. Siempre es más difícil construir una novela así; exige más concentración del autor y del lector. No mantiene nuestra atención con giros inesperados ni con un dosificado suspense. Sino que la mantiene frase a frase, idea a idea. Yo, en general, prefiero novelas como *Epitafio*, en las que lo que va a suceder es secundario, pues lo que importa de verdad es lo que está sucediendo. Novelas en las que uno lee una frase y no tiene prisa en llegar a la siguiente, ni en saltarse párrafos para enterarse de qué sucede. Yo me he sorprendido releendo varias veces un mismo párrafo, no porque no fuese claro, sino porque me parecía profundo. No son muchas las novelas que me obligan a una lectura detenida; aunque sólo fuese por eso, *Epitafio* es una novela muy recomendable. Pero hay muchas más cosas en esta novela, pero, como no podría hablar de ellas sin destripársela, les invito a leerla y descubrirlas por sí mismos.